

Catecismo 1768 -1770 Pasiones y vida moral –I-

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1768:

Los sentimientos más profundos no deciden ni la moralidad, ni la santidad de las personas; son el depósito inagotable de las imágenes y de las afecciones en que se expresa la vida moral. Las pasiones son moralmente buenas cuando contribuyen a una acción buena, y malas en el caso contrario. La voluntad recta ordena al bien y a la bienaventuranza los movimientos sensibles que asume; la voluntad mala sucumbe a las pasiones desordenadas y las exacerba. Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos en las *virtudes*, o pervertidos en los *vicios*.

Esta afirmación de que "los sentimientos no son los que deciden la moralidad de nuestros actos", es muy importante y muy "**práctico**" para nuestra vida. Muchas veces, un sacerdote o un director espiritual, escucha a alguna persona que tiene un "gran peso encima", porque percibe, como que está subyugado por determinados sentimientos emociones que no consigue "vencerlos".

"Padre, yo no consigo perdonar". Esto, en sí mismo es algo grave; pero eso de "*no consigo...*", uno puede llegar a percibir no es "una voluntad de no perdonar"; sino que tiene una serie de emociones y sentimientos, donde le sobrevienen una serie de recuerdos... etc. y le viene sentimientos interiores de rabia. Esta persona "cree que no ha perdonado".

No es lo mismo "sentir que querer".

El sacerdote le puede decir: "rece por esa persona por la que siente ese sentimiento de aversión". Si esto lo hace así, en el "sentir" tal vez haya aversión; pero en la voluntad de querer perdonar, si le ha perdonado.

Otra cosa es que en la voluntad no haya el "querer" que Dios bendiga a esa persona –por ejemplo-, eso es otra cosa, eso es que la voluntad y el sentimiento están mezclados: donde el querer y el sentir se confunden. "¿Cómo voy a rezar por esa persona...con lo que me ha hecho...?".

Esto nos somete a consideración, la situación del hombre real. Tenemos unas emociones y unos sentimientos que muchas veces, "**nos sobrevienen**".

Incluso en la forma de expresarlo ya es muy gráfico: *"Es que a veces me vienen unos sentimientos de rabia, que no sé porque..."*

Uno parece más sujeto paciente que sujeto agente: más que "querer" esas emociones: "las padece".

Aquí tiene mucho que ver el tema de la imaginación; los sentimientos y las emociones, a veces se suelen originar por las imaginaciones. De hecho, si una persona es muy sentimental o muy sensible, se emociona fácilmente con imágenes o recuerdos que suelen ser fruto de la imaginación. De tal manera que esos sentimientos y emociones no responden a motivos reales sino más bien a imaginaciones.

Ya Santa Teresa de Jesús la llamaba "la loca de la casa". Queriendo expresar que es algo que no está muy sometido a "disciplina". Ella sabía que la voluntad es muy difícil que tenga dominio sobre la imaginación.

Incluso los sueños son causa de emociones poco controlables. No debemos entrar a "ese trapo" (como se dice popularmente). Porque sabemos que esa imaginación de los sueños no forman parte de nuestra voluntad.

Algunas personas dicen: "fíjese, que en los momentos más santos, cuando estoy comulgando, a veces me sobrevienen unos pensamientos que me avergüenzo de ellos...": ¡ni caso de eso...!

Es un mundo interior, el nuestro, que es muy complejo; y por más que nos empeñamos, es difícil mantenerlo ordenado. De todas las formas el Señor esta mas allá, por encima de todo esto.

Es lo que dice este punto: **los sentimientos no definen, ni deciden la moralidad ni la santidad de las personas.**

En este punto se nos dice de donde viene los sentimientos y las emociones: dice **de imágenes y afecciones.**

Las imágenes que se nos mezclan en el interior: las reales con los sueños...

Las afecciones. Donde podemos estar más ligados afectivamente hacia una cosa que hacia otra y todo eso anda mezclado en los sentimientos.

En la vida espiritual, el Señor, nos pide que nos abramos caminos incluso en "contra de de..." o al "margen de", de muchos de estos sentimientos e imaginaciones. De hecho, uno de los grandes males que existen dentro de una concepción de vida espiritual poco madura, es que se llega a confundir el "**creer con el sentir**", eso es un error grande. Hay personas que si no tienen un momento de oración en el que sensiblemente sientan algo, les parece que no han hecho bien la oración, o que les falta fe, y eso no es así.

La "calidad" de la vida de fe no está ligada al grado de sentimiento que tenga uno. El Señor, a veces, nos pide que le sigamos en medio de "sequedades". En medio de una voluntad que no siempre está acompañada de afectos y emociones interiores. Incluso hasta de pruebas interiores, donde el Señor nos pide que nos movamos **solamente por la luz de la fe**, y contraponernos a sentimientos sentidos: *"no me apetece seguir rezando... estoy cansado, no siento nada, esto no sirve de nada..."*

Creer no es lo mismo que sentir.

A veces se oye decir: *"Hay que rezar o ir a misa cuando los sientas, cuando te sale de dentro..."*

Eso quedara muy progre, pero eso es ponerte en manos de la tentación: "**Estas supeditado a tus estados de ánimo**". En esta situación el demonio tiene que hacer poco esfuerzo para apartar a alguien de la vida espiritual.

La verdad es que la vida espiritual consiste, muchas veces en un caminar oscuro guiados por la luz de la fe y de la razón; es como cuando uno va por la selva: uno se abre camino base de machetazos cortando las ramas y arbustos que nos impiden avanzar.

Las Ignacio de Loyola que cuando alguien estaba rezando y le venían cansancios, sentimientos de hastío; lo que había que hacer es que si faltaban cinco minutos para terminar, continuar quince minutos más.

O conduzco yo mi vida o soy arrastrado.

En definitiva: la vida moral no se juega a ese nivel: las emociones son como el escenario donde yo me muevo. De tal forma que yo me puedo mover conducido por mi voluntad, controlando las emociones y sentimientos, o conducir movido por apetencias, emociones y sentimientos, haciendo que mi "voluntad y mi razón" sean como un trapo agitado por el viento. Puede ser que no es que los sentimientos estén equivocados, puede ser que sea la razón la que está equivocada por estar formada por criterios erróneos, por ideologías falsas.

Al final, este punto dice: **Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos en las virtudes, o pervertidos en los vicios**. Aquí no hay punto intermedio: "o luchamos contra los vicios, los reconducirnos; igual que los sentimientos: los hay que los aceptamos, los hay que los tenemos que reconducirlos... etc.

Al final, esas emociones y sentimientos, los vamos integrando en las virtudes. Unas virtudes que tengan también unos sentimientos bien conducidos, son **virtudes muy sólidas**: una virtud, que es un ejercicio de la voluntad, si, además están acompañadas de unos sentimientos determinados, hará que esa virtud sea sólida y madura.

Y lo mismo pasa con los vicios, que si además los acompañan sentimientos y emociones, serán vicios que cieguen mucho a la razón.

De ahí la importancia en la educación de las emociones y en los sentimientos, la importancia de esa purificación.

El catecismo habla de una manera indistinta de sentimientos, emociones, afectos... A veces, dependiendo de cómo se utilicen los términos, se ha distinguido entre lo "emotivo" y lo "afectivo".

Lo emotivo puede ser entendido como algo mucho más sujeto a vaivenes

Lo afectivo puede ser entendido como algo que estaría más ligado a la voluntad.

Dependiendo de la utilización de los términos, se podría expresar que el hombre debe de moverse por una voluntad no a "golpe de lo emotivo" (aunque haya momentos emotivos importantes en su vida) sino "originar un movimiento afectivo continuo". Es decir, lo que determina es el día a día es ese afecto que se va labrando, y no tanto en los momentos puntuales especialmente emotivos.

Punto 1769:

En la vida cristiana, el Espíritu Santo realiza su obra movilizando todo el ser incluidos sus dolores, temores y tristezas, como aparece en la agonía y la pasión del Señor. Cuando se vive en Cristo, los sentimientos humanos pueden alcanzar su consumación en la caridad y la bienaventuranza divina.

Llama la atención eso de que "*El Espíritu Santo mueve todo el ser*".

Nosotros entendemos que el Espíritu Santo "**fortalece la voluntad e ilumina la razón**". Pero, como ya hemos dicho muchas veces, sería erróneo entender al hombre en una "dualidad": voluntad y razón por una parte, y por otra todo el mundo de los sentimientos y las emociones.

Toda esta integrado donde las pasiones son el punto intermedio entre las facultades superiores del hombre y la vida sensitiva.

El Espíritu Santo, lo que mueve es a la persona completa, mueve interiormente a las personas.

Se pone un ejemplo: Es el momento en que Cristo en la pasión y en la cruz: "*Mi alma esta triste hasta la muerte*". Son unas emociones muy fuertes en Jesucristo que están movidas por el Espíritu Santo, en una gran lucha interior, para vencer un momento de tentación y una tristeza, en el que pesa sobre Cristo todo el pecado de la historia de la humanidad. Esas emociones movidas por el Espíritu donde Cristo hace una ofrenda, un "**Padre a tus manos encomiendo mi Espíritu**".

Nos podemos imaginar cómo mueve el Espíritu Santo nuestros sentimientos y nuestras pasiones: "*Por sus frutos los conoceréis*".

Esa será la prueba para ver si los afectos y los sentimientos están movidos por el Espíritu Santo.

Hay un peligro en confundir o identificar "ocurrencia con inspiración del Espíritu Santo". Para poder discernir esto hay que preguntarse: "*¿A que me mueve?*".

El Espíritu Santo quiere movernos, si nos dejamos mover. Uno de los frutos de ese hombre interior movido por el Espíritu Santo será el **fruto de la integración**, de lo afectivo, de lo emotivo con la voluntad y con la razón.

Una de las cosas que padecemos es esa fractura interior: "**entre lo que "quiero y lo que deseo"**". Esa es la obra del Espíritu Santo en nosotros. Que podamos tener humildad para aceptar lo que no puede cambiarse; y luchar para poder cambiar esas falsas paces interiores; "*Sin perder la paz y sin hacer las paces con lo que nos separa de Dios*".

Esos momentos en los que vemos a Jesús emocionarse: "*te doy gracias Señor por enseñar estar cosas a los sencillos...*"; "*dejad que los niños se acerquen a mí...*".

Toda la vida de Jesucristo esta movida por el Espíritu Santo.

Los dolores, temores, tristezas que nos separan de Dios no están movidos por el Espíritu. No es lo mismo el Temor o miedo al ridículo, por el "qué dirán", "por perder el prestigio"...; que el "temor no ser fiel al amor de Cristo". Es fácil ver cuando es el Espíritu Santo nos está moviendo en nuestro interior, en nuestras pasiones; a cuando esas pasiones se mueven por nuestras "apetencias" y ocurrencias.

Por tanto tenemos que pedir mucho y ser mendigos del Espíritu Santo, para poder ser movidos por El.

No podemos quejarnos de que el Espíritu Santo nonos inspire o no nos mueva, cuando comenzamos por tener poca oración y muy poca "invocación al Espíritu Santo".

Punto 1770:

La perfección moral consiste en que el hombre no sea movido al bien sólo por su voluntad, sino también por su apetito sensible según estas palabras del salmo: "Mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo" (Sal 84,3).

De la situación real de la que partimos, donde a veces estamos interiormente divididos, y tenemos que abrirnos paso con una voluntad, con unos sentimientos y pasiones a veces desordenados, donde nos tenemos que mortificar y a veces hasta ignorar. Esa es la realidad de la que partimos, pero ese no es el estado ideal, ¡claro!.. El hombre maduro, a imagen de Jesucristo, es aquel en el que todo su mundo interior está ordenado, está pacificado, purificado, está puesto al servicio de esa "única finalidad que tiene el hombre": **dar gloria a Dios: "Mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo"**.

Por eso dice que la perfección moral no solo es por la voluntad, "a palo seco"; sino que también nuestro apetito sensible, nuestro gusto interior se integre en la voluntad.

Uno de nuestros dramas es que no es lo mismo "lo que quiero que lo que me apetece". De tal manera que unas veces "apetecemos lo que no nos conviene"; y lo que "nos conviene no nos apetece"... ese es el drama.

Esa es la realidad nuestra... ¡aceptémosla! Desde ahí: vayamos construyendo.

El bien moral es que el Señor por su gracia, después de todo ese proceso de purificación, busque no únicamente su voluntad, que nuestro apetito desee a Dios: **goce con lo bueno, goce con la belleza.**

También ha habido y hemos tenido experiencia espirituales, que han sido gozar de la belleza y de lo bueno, momentos de "Tabor": "*¡qué bien se está aquí!*".

El Señor va haciendo su obra, nos va conduciendo en esa integración y purificación.

Se nos remite al punto 30:

"Alégrese el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Todo el hombre interior está llamado a tener "hambre y deseo de Dios": "*Con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, con todos tus afectos, con todos tus sentimientos....*" estamos llamados a buscar a Dios y hacer de Él "nuestro tesoro".

Al final, lo importante es "**desear ser de Jesucristo**", querer ser suyo, en los actos de ofrecimiento.

Se hacen consagraciones al corazón de Jesús, al corazón de María... Es el "*totus tuus*" famoso, de Juan Pablo II.

Ofreciendo todo a Jesús para que ese mundo interior sea expresión, un lienzo, en el que Tú hagas una obra maestra. Ese ofrecimiento es uno de los mejores instrumentos para esa ordenación interior y que a nivel sensible vayamos siendo cada vez más de Cristo.

Lo dejamos aquí.